

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 1068.

<sup>6</sup> *Idem*.

<sup>7</sup> En varios trabajos muestra Picón Salas esta "pericia". Entre ellos destacamos: "Rumbo y problemática de nuestra historia" (*Obras Selectas*, pp. 129-144); "Antítesis y tesis de nuestra historia" (*Idem*, pp. 194-207); "Vicisitudes en el arte de historiar" (*Idem*, pp. 661-665), "Las américas en su historia" (*Idem*, pp. 945-949), "Unidad y nacionalismo de la historia hispano-americana" (*Idem*, pp. 1032-1054) e "Historia y ruido" (*Idem*, pp. 1283-1286); sin olvidar *Comprensión de Venezuela* (Caracas, Monte Ávila, 1976) y *De la Conquista a la Independencia* (México, F.C.E., 1992).

<sup>8</sup> "Para una historia de América", en *Obra Citada*, p. 981.

<sup>9</sup> *Idem*, p. 982.

<sup>10</sup> "Los enciclopedistas", en *Idem*, p. 1004.

<sup>11</sup> *Idem*, pp. 1003-1010.

<sup>12</sup> "Notas sobre el problema de nuestra cultura", en *Ob. Cit.*; p. 227.

<sup>13</sup> *Idem*, p. 221.



Mariano Picón Salas en Dibujo de Durbán

## MISCELÁNEAS

### Altamira de Cáceres (Estado Barinas, Venezuela) en la Historia, la memoria y la palabra\*

Francisco Gavidia Valero\* \*  
Universidad de Los Andes  
Mérida. Estado Mérida. Venezuela

#### I

Cuando asumimos el compromiso de hablar sobre nuestros pueblos y de mirar el pasado que no ha muerto, lo primero que surge de los ecos, escritos y orales, de nuestra historia es una queja, un reclamo permanente.

Muchos documentos y demasiados ejercicios historiográficos se alimentan de esa visión dolida de lo que pudimos ser y no fuimos, de lo que soñamos como felicidad y de pronto vino a concretarse en monumentos de incertidumbre.

Decimos que, entre el ser y no ser, entre la búsqueda ontológica y los sellos mitológicos de una cierta expectativa, pasan los ríos de tinta que abren un gigantesco caudal de hojas impresas. En esos escritos plenos en inventarios sobre carencias y nostalgias, vuelve y se repite el

\* NOTA DEL COMITÉ DE REDACCIÓN: Este texto corresponde al Discurso de Orden pronunciado por el autor, en esa población, en ocasión del aniversario 423° de su fundación (30-6-1577, por Juan Andrés Varela), el 30 de Junio de 2000. Sometido el mismo a la consideración del COMITÉ DE ARBITRAJE por el COMITÉ DE REDACCIÓN a finales del mes siguiente, aquél se pronunció a favor de su publicación en los últimos días de Agosto de este mismo año.

\*\* Licenciado en Historia (U.L.A., Mérida-Venezuela: 1961). Maestría en Sociología Política (Universidad de Manchester: Inglaterra). Bajo su gestión como Director de la Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes se fundó **Presente y Pasado. Revista de Historia**, correspondiéndole ser su primer Director en sus tres entregas iniciales (Enero 1996 a Junio 1997).

eco de la queja esperanzadora que nos dice: *aún no...* Pero también suena de la queja y la escasez que responde: *ya no*.

*Aún no somos esto, aún no somos lo otro; ya no podemos ser éstos, ya no podemos ser aquello otro...* Son algunas de las frases que inventarían despechos, desde los que vamos confrontando una grieta esencial que nos depara máscaras y negaciones en el devenir.

Sobre el horizonte, entonces, se perfila la idea de una historia que no es más que la historia de una crisis: una crisis larga y estable, vista y vivida en cada uno de nuestros órdenes y principios.

Para unos la nuestra es una crisis de hombres; para otros de ideales y —en resumen— la gran *crisis de pueblo* que quedó como lección de historia reflexiva y ensayística y como parte también de un *mensaje sin destino*.

Este compromiso de esbozar algunas ideas sobre la memoria e historia de Altamira de Cáceres, nos devuelve, inseguros, a los orígenes; a ese estado inicial que también es traumático y que para muchos es como el cuento de quien, cortando rebanadas profundas, pretende buscar el origen de la cebolla: mientras más corta, menos encuentra...

## II

El que busca en los orígenes puede correr el riesgo de no encontrar nada... lo cual puede constituir la moraleja para un mundo que es una y muchas cosas a la vez, desde sus mismos inicios confusos y traumáticos.

Nos inscribimos entre quienes quieren ver la historia como un proceso, un curso de acontecimientos que se amalgaman para dar base y fundamento a los hombres y a los pueblos.

Esta historia como devenir de actos y hechos, donde caben las urgencias y donde también manda el azar, termina sobrevolando como un fantasma los dicterios de los textos y sus dicotomías.

No es tiempo de revolver los expedientes de la *Leyenda Negra* y montar la cacería de brujas donde las hay y no las hay.

Tampoco es tiempo de *apologías doradas* y edulcoradas del impacto cultural que sobrevino al arribo de los europeos al Continente.

Pienso que estamos cruzando por un umbral histórico en donde son las mentalidades y las ideas las que deben regir los conceptos y los contenidos del ejercicio historiográfico de hacer memoria.

A lo orgánico-social, en su tejido y manifestaciones cotidianas, le corresponde ser el pilar de ese *dar cuenta de...* lo que van siendo y dejando de ser los hombres y los pueblos.

Qué importante y maravilloso sería poder contar hoy, así como en éste y todos los momentos, con las versiones e impresiones, memorias y palabras de aquellos pobladores que, por encima de las adversidades, no perdieron nunca la fe en Altamira de Cáceres y con ello, tampoco en el país...

Los fundadores fundaron y se fueron... pero hubo un sector pionero, con sus descendientes mestizados, hombres de arraigo y hacienda, que se quedaron a enfrentar las limitaciones con sabiduría e ingenio, como ya lo habían hecho las comunidades indígenas. Y la mayoría de las veces para ese batallar silencioso y persistente de las causas sin heroicidad, banderas ni gloria, no suele haber palabras en el discurso grandilocuente de la historia.

¿Quiénes eran esos hombres que mentaban *Alonso de Obando, Juan Montejo, Simón Fernández, Alfonso Ramírez y Juan Ruiz?* Hombres que, en el estallido de la incertidumbre, decidieron salir a comprar en Mérida, ...“*ganado vacuno e puercos hasta por la cantidad de cien pesos?*”... como se dice en los documentos de la época.

Y esos eran los intercambios que fueron permitiendo y abriendo cauce a las alianzas y la cooperación entre las comunidades que empezaron a crecer al desamparo de la institucionalidad y los honores. La deuda adquirida por Altamira de Cáceres con los merideños el año de 1579, por ejemplo, es decir, apenas a los dos años de fundada la villa, sería saldada con los frutos producidos aquí, o como lo recoge Julio César Salas: ...“*con ropa de la tierra que se entiende en algodón, hilo, pescado, cera y mantas, cada cosa en su precio y valor?*”... surgida toda, esencialmente, del sudor y fatiga de los encomendados.

Sin lugar a dudas el *encuentro* o *choque de culturas* que adviene tras el *descubrimiento* y la *aparición de América*, se abre sobre nuestro escenario un campo inmenso para todas las versiones, animadversiones, protagonismos y antagonismos entre grupos humanos que se encuentran, cruzan, miran, odian, observan y aproximan.

Y del furor de la razón y la pasión desatada, del imperativo económico —para unos— o del imperativo laborioso —para otros— nace el desencanto y la confrontación: unos reunían todas las condiciones para ganar, mientras que otros, desprevenidos, inauguraban el sendero de la batalla o la resignación ante la derrota y la pérdida.

No se puede negar la singularidad cruel de aquel *encuentro*: las Crónicas hablan del trato inhumano y del exterminio... pero también ellas refieren los reencuentros y las identificaciones que fueron doblegando el ímpetu guerrero. El saldo para la posteridad es esto que hoy somos, mal o bien, como comunidad de intereses espirituales, sociales y culturales.

Como todo en este proceso de historia conflictiva, el fenómeno del llamado *mestizaje cultural* tiene sus detractores y apologistas. De un lado los pruritos de *autenticidad* y *autoctonía* y del otro los desafueros de la *vergüenza étnica*.

Por muy trillado que esté el tema, pensamos que aquí se impone una nueva mirada sobre el curso y el porvenir de nuestra identidad.

De estos pueblos como Altamira de Cáceres, *pueblos del interior*, como los llaman, y reducto de arraigo identitario, ha de brotar la savia de una venezolanidad que no nace por decreto, ni por ideología, ni menos aún por imposición de alguna moda. Las coordenadas de una Venezuela abierta, pero inserta con idoneidad en el complejo contexto de eso que llaman *globalización*, exige los principios de la identidad y del arraigo local, junto a la flexibilidad de las identificaciones —digamos— universales.

La nueva Antropología nos habla hoy de hibridación cultural y recoge con esta palabra la complejidad social y étnica de la que venimos y que define el tiempo y el espacio en donde estamos.

Sin duda que *nuestro origen es la potencialidad de un conflicto que se hizo creador*, pues no hay modo de negar ese proceso ni de negar sus evidencias: por sobre el trauma de la resistencia, por sobre el arcabuz y la flecha, cuajó la realidad de una nueva referencia social y cultural que lucha hoy, con otras armas, para equipararse a las exigencias y retos de este mundo moderno y, también, conflictivo.

Revisando los escritos de quienes se han ocupado de la historia de Barinas, repasando, por ejemplo, las Crónicas de *Fray Pedro Simón*, nos encontramos con descripciones detalladas de los pasos de los encomenderos y de los incipientes procesos de los núcleos de implantación que se desarrollaron en estas regiones.

Desde siempre, desde todos los tiempos, como lo reseñan esas Crónicas, el pie de monte barinés ha mantenido vínculos ancestrales con los procesos humanos y económicos de la Sierra Nevada. Y a nosotros nos complace ser portavoces, una vez más, de esta fructífera, y a veces prejuiciada, cercanía.

Esta cercanía se delata históricamente cuando, por ejemplo, los primeros encomenderos de Altamira de Cáceres, puesto que ya los aborígenes habían sido absorbidos —en su gran mayoría— o exterminados por la violencia o las fiebres traídas por los conquistadores, empezaron a traer de Mérida a Barinas las primeras pobladas de *negros*, lo cual fue visto con disgusto y recelo pues, como dice Virgilio Tosta, cundieron ...“*estados de ánimo adversos y de gran preocupación*” ... debido a que, como en todo proceso donde juegan papel importante los seres humanos, el prejuicio étnico se extendió en la escasa población de la antigua Barinas, que sintió terror por la presencia de los *negros*. Al parecer, el móvil de la esclavitud *negra* no convenía a estos primeros pobladores *blancos* radicados en el pie de monte, a pesar de que, como ya fue señalado, ellos mismos imponían trabajos forzados e inhumanos a los aborígenes que conocían del cultivo del tabaco.

Se sabe que, ya para 1620, llegaron —en número, registrado, de hasta 200, con lo cual aventajaban en cantidad a la población de *vecinos blancos*— a Barinas los primeros *negros* a reforzar el trabajo de los cultivos.

Y ese trabajo convirtió, en estas tierras, al tabaco en el producto de donde salían las divisas y el reconocimiento internacional de la pequeña Barinas, por lo que la presencia de los encomenderos merideños, con sus esclavos *negros*, despertó de inmediato los temores de la competencia y se promulgaron ordenanzas que hablaban de los *finés egoístas* y de los intereses personales que privaban en esa presencia de *negros* en los cultivos de tabaco; a la vez que, también, esas mismas ordenanzas, advertían sobre el ...“*espíritu belicoso y altivo*”... de los *negros*.

Pero la necesidad, nuevamente, se impuso a los prejuicios, porque el proceso de desarrollo de los núcleos de implantación, que había arrancado de Santa Fe de Bogotá hasta llegar a Los Andes y había marcado —en su efecto expansivo— a estas tierras que fueron testigos, en el año de 1577, de la fundación de Altamira de Cáceres por Juan Andrés Varela, no podía detenerse.

### III

Y si entonces los hombres y mujeres que poblaban este pie de monte no se dejaron dominar por los prejuicios que alimentan el desaliento, ahora tampoco podemos hacerlo; pues si nos detenemos en el tiempo y tan sólo miramos los abusos connaturales a un proceso de agudas contradicciones, y de por sí violento, podemos quedarnos en manidos maniqueísmos.

Por fuerza de las evidencias, se impone otra mirada. Somos el producto, hoy, de esa mezcla que unió la estirpe de los amos con la sangre de los esclavos.

Somos también herederos de esa Europa segunda que arrastra en su discurso anacronismos y expresiones poéticas, temores y esperanzas que se atan al torbellino de conflictos que compone, hoy por hoy, el sustrato fundamental de nuestra heterogénea idiosincrasia.

América no es solamente una fecha solitaria y amarga.

Por sobre el circuito puntual de las divisiones historiográficas, América es un proceso de atropellos y acogidas, imposiciones y aceptaciones. No podemos negar que nacimos como americanos del impacto de un encuentro que nos dejó una marca ontológica de incisión y ruptura.

Hoy, luego del trayecto hispanoamericano de cinco siglos, somos un pueblo fusionado, donde caben y entran un inmenso abanico de valores venidos de muchas culturas encontradas y —aún— fundidas por la fuerza y la violencia.

*Ropa de la tierra...* con esa hermosa figura verbal que nombraba los hábitos del diario sobrevivir, los primeros pobladores de Altamira de Cáceres invocaban al trabajo creador para saldar las deudas contraídas por la adquisición de ganado vacuno y porcino.

Si pudiéramos ahora sustraer el sumo de las vicisitudes de aquella gente, si pudiéramos rebanar las capas hasta ir al fondo sin que desaparezca “la cebolla” de nuestra Historia... y sin que nos haga llorar... ganaríamos lecciones y luces para alumbrar el camino de los avatares que aún nos faltan por vivir.

No se trata, apenas, de inventar o recrear una historia con fines pedagógicos y doctrinarios, se trata de volcarnos a la Historia de Vida para dar con las conexiones orgánicas, con las continuidades y discontinuidades que nos llevaron a lo que somos hoy.

La Historia no puede ser una camisa de fuerza, ni la foto fija de la conceptualización y el empecinamiento.

Tampoco puede seguir siendo entendida como el río de Heráclito, con rumbo fijo e irrepetible... ¿Cuántas veces no nos bañamos en el mismo pozo y las mismas aguas de la Historia?

Ignorada o no, se corre el peligro de que la Historia se repita por segunda vez... como comedia muchas veces...

Mientras al vernos imperen los mismos espejismos, las mismas ideas maniqueas y el mismo afán de buscar protagonismos, jamás ni nunca nuestra Historia nos va a arropar con sus luces... la luz que surge de los pueblos...

Tendríamos que prevenirnos y estar alertas ante el túnel del tiempo: al pasado se vuelve, no por obra de magias tecnológicas o ancestrales, ni curativas; tampoco por magias verbales... Al pasado se

vuelve cuando el presente es un asombro, cuando se pierde el norte, cuando se pierde la fe, cuando se pierde la buena voluntad, cuando se pierden las ganas... para apelar al coloquialismo de uso...

Al pasado se vuelve cuando visitamos estos hermosos pueblos y encontramos indicios de una venerada y venerable memoria. Y volver es ponerse en la huella de *los pasos perdidos*. Recordemos esa interrogante fundamental planteada en una obra con ese título por Alejo Carpentier: *¿Cómo reconstruir sin artificios lo que fuimos?*

*Somos hijos de conquistadores y de conquistados...* Aquí, hace 423 años, nació un pueblo hijo de conquistadores y de indígenas conquistados... Esa es la semilla de la que provenimos, nuestro pasado remoto sobre el que, a veces, actúa la misma *catarsis del olvido* que los propios europeos aplican para su pasado, también doloroso y traumático.

*La memoria de los pueblos no es un accidente; sino, apenas, una condición para seguir adelante.*

Los pueblos no nacen para figurar, sino para ser y permanecer. Y un buen ejemplo es Altamira de Cáceres:

*¿Cómo fue que Altamira pudo seguir siendo un núcleo cultural, cuando sus ancestros estuvieron marcados por la frustración de la ciudad que no pudo ser?*

*¿Qué los hizo permanecer en estas tierras?*

Las preguntas de dónde somos y dónde estamos, pueden cobrar fuerza de resonancias literarias cuando se le diga al de Altamira que *somos y estamos donde van quedando nuestros muertos* y también cuando se le diga que *somos y estamos donde vibra el fundamento verso y la pasión poética*.

Y cierro mi intervención de hoy, en este encuentro entre la Historia, la Memoria y la Palabra, precisamente, recordando el verso de un poeta universal:

*"Ni el pasado ha muerto, ni está el mañana ni el ayer escritos".*

## Índices del Volumen 5 (2000) de Presente y Pasado. Revista de Historia

Miguel Angel Rodríguez Lorenzo\* \*\*  
Universidad de Los Andes. Mérida - Venezuela

Año 5, Volumen 5, Números 9 (Enero-Junio 2000) y 10 (Julio-Diciembre 2000).

### ÍNDICE ALFABÉTICO DE AUTORES:

BRICEÑO GUERRERO, José Manuel: "Ciencias - Humanidades"; pp. 107-109 (Nº. 9).

CAMACHO, Cristian: "Codicia, negligencia y corrupción. El funcionario del sistema colonial español en Venezuela"; pp. 72-106 (Nº. 9).

CARTAY, Rafael: "El nacimiento de la mujer a la modernidad en Venezuela"; pp. 178-205 (Nº. 10).

CEJAS ARMAS, Ismael: "El papel del Estado en la economía y el desarrollo: revisión de una vieja polémica"; pp. 8-45 (Nº. 9).

FRANCO, Francisco: *Retablos y Exvotos*, libro de Alberro Solange, Elin Luque Agraz, Michelle Beltrán y Manuel Olimón Nolasco (Reseña); pp. 123-127 (Nº. 9).

\* NOTA DEL COMITÉ DE REDACCIÓN: Estos índices fueron elaborados por el autor a petición expresa del Comité de Redacción de **Presente y Pasado. Revista de Historia**, en Octubre de 2000.

\*\* Licenciado en Historia (U.L.A.: 1983). Magister scientiae en Filosofía (U.L.A.: 1983). Profesor Asistente de Historia Moderna y Contemporánea de Europa, adscrito al Departamento de Historia Universal de la Universidad de Los Andes.